

REVISTA DE ESTUDIOS HISPÁNICOS

TOMO I ~ ENERO-MARZO, 1928 ~ NÚM. 1

HACIA LA AMISTAD TRIANGULAR

AGRADEZCO muy sinceramente la honra que ha tenido a bien conferirme la redacción de la REVISTA DE ESTUDIOS HISPÁNICOS, al haberme proporcionado a mí, un historiador, la grata oportunidad de exponer ciertos pensamientos míos acerca de las relaciones que deberían prevalecer entre los pueblos de España, Hispanoamérica y los Estados Unidos. Felicito calurosamente también a la Universidad de Puerto Rico, centro docente de alto prestigio a la vez que verdadero eslabón espiritual que enlaza en dichosos vínculos de amistad a los intelectuales de las tres regiones de nuestro interés común, por su noble empeño al haber prestado apoyo tan eficaz a ese nuevo mensajero de colaboración académica.

Aunque en este momento—al expresar el sentimiento profundo de gratitud que me conmueve viendo realizarse poco a poco las aspiraciones que desde hace muchos años han tenido los hispanófilos de buena ley para fomentar el acercamiento cultural de nuestros respectivos pueblos—hiciese uso de mi propia lengua, las palabras me faltarían. ¡Cuánto más débiles y pobres no serán, pues, los breves párrafos que podré escribir en el hermoso idioma castellano, que, si lo amo al par del mío, no deja de ser siempre extraño para mí!

A pesar de las contrariedades que ha habido, existe una verdadera simpatía entre los pueblos de ambas Américas y entre los de Hispanoamérica y España. Lo que ha faltado ha sido precisamente el nexo entre ésta y los Estados

Unidos. Felizmente el aislamiento espiritual que ha mantenido separados a los dos países está a punto de desvanecerse. Ha sido España misma la que ha venido a apreciar debidamente la necesidad de conocer mejor a la república anglosajona, a medida que va creciendo entre los norteamericanos su vivísimo interés por la lengua y la literatura española de aquende y allende los mares, y por la historia y las realidades actuales de la patria de los abuelos de los héroes nacionales de la América española, y de las nuevas patrias por ellos creadas en los amplios continentes del Nuevo Mundo.

España no se tapa ya los ojos con la despreocupación altiva de antaño por lo ajeno; no se envuelve el cuerpo en la capa obscura de la frialdad hacia lo ignorado; no se aleja con el gesto desdeñoso de un orgullo inveterado; ya no se limita a tolerar pasivamente la presencia de los extranjeros. Para la España de hoy no son tales, sino amigos desconocidos hasta entonces, que vienen de fuera y que merecen una bienvenida cordial. La España de nuestros días, activa, alerta, imbuída como nunca de la fuerza mundial que lleva adelante a los pueblos a la modernización, está levantándose con la alborada de una nueva era en su vida nacional. La tierra madre de la lengua sonora y majestuosa, de la lengua acariciadora de poesía y de amor de que se valió el manco héroe de Lepanto para enriquecer a la humanidad con la figura eterna del Quijote, la tierra natal de la estirpe libertadora de la América española, se ha despertado. Como creadora de una cultura que se extiende por el orbe entero, ha percibido al fin el deber que le incumbe de fomentar por sus propios esfuerzos el interés mundial en sus ricos tesoros de la mente, el brazo y el corazón.

A despecho de las leyendas de que ha sido víctima, fabricadas por sus rivales y enemigos de antaño, España fundó en América naciones que colonizó más bien con fuerzas del espíritu que a mano armada. España estableció en realidad su poder, no con la crueldad y el furor contra los indígenas impulsados por la sed insaciable del oro o por

el hambre despiadada de conquistar un imperio sin límites, sino con principios fundamentales de civilización. Tanta fué la preeminencia que otorgó a lo inmaterial en la vida, que hasta se llegaba a excesos de menosprecio de los intereses materiales. Lo que nació en la América española de aquel entonces fué el temple de los espiritualismos, oriundos de la madre patria y adaptados a un nuevo ambiente.

No ha de olvidarse además el hecho de que fué un hijo valeroso de Asturias el que fundó San Agustín de la Florida, la primera colonia europea en el país que hoy se llama los Estados Unidos, y que, al independizarse éste del poderío británico, España poseía las dos terceras partes del territorio ahora incluído en los límites de la nación norteamericana. Fueron españoles los primeros exploradores impertérritos, los hombres de hierro que trazaron las penosas sendas de la civilización por los bosques y pantanos, los llanos y las montañas del Sur y del Oeste, y que llevaron sus estandartes de la espada y la cruz de océano a océano a través de todo un continente. Y suenan suave y melífluamente todavía en los labios norteamericanos los inolvidables nombres españoles de estados, ciudades, ríos, montañas, llanos, desiertos y demás que recuerdan las gloriosas hazañas de antaño, cuando la hidalguía española marcial y espiritual venía a nuestras playas y nos dejó para siempre una herencia de la que nos sentimos orgullosos. Son hijas ambas Américas de un solo descubridor, cuyo epitafio blasonado en los anales imperecederos de la historia dice: "A Castilla y a León, Nuevo Mundo dió Colón."

Por otra parte, la pasión misma de la independencia personal y regional, la que caracteriza a los españoles e hispanoamericanos, revela una de las cualidades eminentes del abolengo ibérico. Está enriquecida de dones maravillosos, capaces de efectuar una misteriosa transfusión entre el espíritu de un hombre o de un pueblo y el territorio que ocupa, quedando ambos refundidos en un consorcio indisoluble, viviendo el uno para el otro, dedicándose únicamente al bienestar recíproco, y rechazando cualquier ingerencia que venga de fuera.

Junto con esta inalterable devoción a la independencia, aparece el ideal del parentesco que existe entre los hombres de estirpe española por dondequiera que se esparzan por el orbe entero. Al habitar un territorio, la raza española implanta y vivifica el sentimiento casi religioso de que la patria chica esté enlazada a la patria grande con vínculos de solidaridad más estrechos, más íntimos, más perdurables que los del poderío meramente político. Siendo este sentimiento resultante de su modo de pensar y obrar, quienquiera que pertenezca al linaje español siente hondamente cosas que no siente ni percibe quien no es de su abolengo. Como decía Santa Teresa: "Parece que al sujeto va a salirse el alma del gran deleite y suavidad que el Señor le da en gustar ese invisible que así se enseñorea sobre todas sus fuerzas."

El progreso que han alcanzado los pueblos hispano-americanos y la seguridad que poseen de que al ciudadano le sea garantizada la plenitud de sus derechos, no son suficientes sin embargo para el éxito e influencia que tales ideas representan en el mundo, si los hispanófilos, sea el que quiera su país de origen, no contribuyen eficazmente al desarrollo del espíritu de cooperación en América y entre América y España. Hay que rendir por lo tanto el tributo de homenaje que merecen los esfuerzos beneficiosos de cuantos han trabajado para que se realicen los ideales de la patria grande en la nacionalidad hispana, de la ciudadanía de cualquiera de sus estados en la ciudadanía de la patria grande que se extiende por ambos lados del océano.

Gracias a tales esfuerzos se han cruzado de pueblo a pueblo demostraciones de afecto que indican que la América española tal vez es más España que España misma. La nacionalidad hispana ha surgido con mayor grandeza en el concierto de las potencias de la cultura mundial. No son precisas las federaciones por tratado de alianza, sino la solidaridad de simpatías, para amparar a cada uno de los de la hermandad española en la quieta y pacífica posesión de lo suyo. Existe la imperiosa necesidad de que, como elementos primordiales de una misma nacio-

alidad, se presenten los españoles y los hispanoamericanos espiritualmente unidos, para asegurar el respeto de su independencia, procurar el desenvolvimiento económico, y conservar intactas, contra desórdenes interiores y agresiones del exterior, las fronteras del magnífico territorio de la patria grande, a fin de que no se encuentren inermes en el porvenir ante las gigantescas dominaciones que existen o pueden existir. Hay que revelar más y más la visión amplísima de un conjunto de veinte pueblos, madre e hijas, asociados en la más numerosa e íntima hermandad que jamás se ha conocido, y con perspectivas de los más altos destinos por su situación geográfica, la grandeza y riqueza de sus territorios y el esplendor del linaje que se arraiga en el suelo feraz de la gloria que fué y es España. A esta noble tarea deben dedicarse los jóvenes predestinados a llegar a ser un día los árbitros del bienestar de sus respectivas patrias.

Por otro lado, todo aquel que sepa algo de la historia de América se habrá hecho cargo de que dos civilizaciones han sido implantadas en el Nuevo Mundo: una de ellas, la más antigua, por los españoles, y la más moderna, por los ingleses. En el mismo continente de los americanos de abolengo español se hallan los de origen anglosajón. Dos tipos de la civilización comparten el territorio descubierto por los españoles, colonizado primero por ellos y luego por los ingleses, y abierto por los dos a la humanidad. La América española es el reflejo de un tipo y los Estados Unidos del otro. Siendo ambas Américas hijas de dos naciones del Viejo Mundo, ha procurado cada una su libertad, independizándose del yugo político europeo, y continuando aisladamente el curso natural de su respectivo desenvolvimiento, diferente en muchísimas cosas, igual sin embargo en el amor a la libertad, a la verdad y a la justicia, que son precisamente los motivos que las han llevado a la lucha por sus libertades, y que son, al mismo tiempo, las estrellas tutelares que guiaron siempre sus destinos. Son vecinas por razones geográficas e históricas; deberían ser amigas por el carácter de sus intereses comunes.

La naturaleza y la historia se han encargado de que la América española y los Estados Unidos estén ligados por íntimo contacto. Solamente un estrecho río y una línea más estrecha todavía, trazada por la mano de los hombres, separan las fronteras de los dos tipos de la civilización; sin embargo hay algo más importante que la corriente de ese río y que la línea de la frontera la que los mantiene apartados. Semejante a las fronteras, ese algo tiene dos aspectos diferentes: uno bañado por la luz del sol y el otro que permanece en la sombra. El primer aspecto se destaca radiante con la esperanza y la confianza de que los Estados Unidos y los pueblos hispanoamericanos continuarán simbolizando sus respectivas civilizaciones derivadas de la madre tierra europea, pero en una forma mejor y más amplia que la que han heredado, mejorándose en los múltiples cambios que han tenido que arrostrar para adaptarse al medio ambiente de América. Éste es el aspecto iluminado de alegría y regocijo que sonríe al progreso de los pueblos hermanos que encaminan sus vías paralelamente hacia un provechoso bienestar y afecto, cambiando entre sí mutuamente la generosa ayuda que cada uno necesita para alcanzar el objeto que se propone. Éste es el motivo de separación que en carácter y en método de acción los mantiene apartados, a pesar de que caminan juntos por la senda espiritual y genuina de la amistad.

Desgraciadamente para ambos, hispanoamericanos y norteamericanos, hay otro aspecto, que es el que acecha en la sombra; algo que mis compatriotas de buenas intenciones para la América española y los hispanoamericanos que sienten simpatía por los Estados Unidos, temen, y algo que tratan con empeño de sacar de la obscuridad en que se encuentra a la luz. Este algo es—
“Desconfianza.”

Entre algunos individuos de los países americanos de habla española, parece que reina la noción inquieta de que los Estados Unidos de Norte América se asemejan a dos seres famosos del antaño clásico: al Coloso de Rodas y al Cíclope virgiliano. Pintiparado el uno para ponerse a

horcajadas encima de ambos continentes; monstruo horrendo, informe, ingente y tuerto el otro, cuyo único ojo mira vorazmente al Sur, ogro gigantesco provisto de un apetito insaciable para engullir por la gola abismal del destino manifiesto a pueblos relativamente pequeños—los dos constituyen el gran fantasma, el espectro espantoso que suele evocar de vez en cuando la desconfianza de que hablaba. Perjudicial en todas sus manifestaciones, oscurece las sendas paralelas, envuelve en páfida malevolencia cualquier obstáculo que podría ser fácilmente desechado, ciega los esfuerzos en pro de la cooperación e induce a vagar por las desviadas rutas de la insensatez, haciendo que las sendas que marchaban estrechamente unidas, se vayan distanciando una de otra hasta perderse en el fango de la enemistad.

Puede ser que el pueblo de los Estados Unidos haya aventajado a sus hermanos de los países que se extienden desde el Río Grande hasta el Estrecho de Magallanes, en casi todo aquello que significa fuerza y prestigio internacional. Pero esto quiere decir solamente que es el pueblo adecuado para ayudar, y no para dominar, a sus compañeros en su marcha hacia los mismos ideales de bienestar individual y recíproco. Por otra parte, podía esperarse razonablemente que los pueblos de América, que tienen problemas y cuestiones surgidos del mismo ambiente, fomentasen espontáneamente sus intereses mutuos y el deseo común de ayudarse entre sí. La verdad es, sin embargo, que no se han puesto todavía en el contacto íntimo de pensamiento y simpatía que implican su cercanía geográfica, sus instituciones republicanas y sus ideales democráticos.

Nosotros, los norteamericanos, queremos creer que los hispanoamericanos nos tendrán en un término medio y nos juzgarán honradamente. Por nuestra parte pueden estar seguros de que nosotros no tenemos el menor deseo de perjudicarles, validos de nuestro poder y nuestra fuerza, y que estamos inspirados por las mejores miras para ayudarlos, así como también esperamos la ayuda de ellos,

de la plenitud y abundancia de los recursos mentales, espirituales y materiales de que disponen. Lo que desea sinceramente el pueblo norteamericano es que los demás pueblos americanos logren hacerse, no parte de los Estados Unidos, sino estados unidos en otro sentido—unidos en la resolución firme e inalterable de hacerse fuertes, cada uno por sus propios esfuerzos, enlazados a los nuestros y a los de la humanidad entera—unidos además en la resolución de estar plenamente absorbidos en la tarea universal de trabajar para que sean más dichosas las patrias donde nacimos, donde vivimos, cuya gloria anhelamos y a cuya grandeza dedicamos la vida, la fortuna y la felicidad. ¡Prosigamos por el camino de la buena voluntad, y que nuestras sendas de progreso marchen constantemente paralelas!

Yo soy de los que creen sinceramente que los problemas de los pueblos hispanoamericanos sólo pueden resolverse por ellos mismos; pero esto no me cierra los ojos para percibir con claridad ciertas tendencias mostradas por algunos políticos, hacendistas y capitanes de industria, que consisten en imaginarse que los norteamericanos podemos con nuestra influencia cambiar los métodos políticos y económicos de Hispanoamérica o infiltrarles gradualmente nuestro espíritu anglosajón y nuestra manera de conducir los negocios de la vida pública. Por mi parte creo, y me consta que así cree también la gran mayoría de mis compatriotas, que la salvación de todos nuestros intereses estriba en que seamos capaces, los del Norte y los del Sur, de aquilatar las profundas diferencias psicológico-sociales que nos dividen, respetar esas diferencias al margen de nuestras relaciones, robustecer nuestro espíritu de tolerancia mutua, fomentar nuestras comunicaciones intelectuales y mercantiles, y no oír la concitación de la intriga que ha estado por tan largo tiempo provocándonos a todos a luchas sin gloria.

El pueblo norteamericano no es ni puede ser imperialista. Nuestra vida en los Estados Unidos es múltiple en sus tendencias y en sus compuestos esenciales, por razón de la

enorme diversidad de elementos que forman nuestra nacionalidad. No somos ni podemos ser imperialistas, porque nuestra cohesión social está gobernada por las luchas interiores de una vida basada en el individualismo de representantes de muchas razas europeas. Nuestros antecedentes anglosajones no tienen la admirable unidad conquistadora y genuinamente imperialista que caracterizó la labor de España en América; porque España perseguía un fin fundamentalmente espiritual cuando fué la dominadora del Nuevo Mundo, y su obra tenía que perdurar, como la vemos hoy, hecha alma y carne en diez y nueve pueblos, cuya personalidad hispana es indiscutible.

Inglaterra, por el contrario, ha colonizado movida por impulsos distintos, y sin verdaderos designios de arraigo con el alma nacional inglesa. En la actualidad hay un número de estados anglosajones que viven una vida verdaderamente autónoma. Sus relaciones con la madre patria están reguladas por el intercambio de intereses, dominando en todo caso la personalidad británica separada por un abismo de la personalidad nativa. No ha habido mezcla de sangres de razas totalmente distintas, y no habiéndola, la obra de conquista, propiamente dicha, es imposible. España mezcló su sangre, y con ella, todo el significado de su espíritu—de ahí la permanencia de su obra.

El movimiento financiero y comercial, la expansión de fuerza constructiva que los Estados Unidos han desplegado en la América española, no representan, repito, un imperialismo. Por el contrario, son fuerzas individuales, son actividades de grupos que van por su cuenta a encontrar nuevos campos de acción y a acrecentar su riqueza. Son expresiones genuinas del espíritu anglosajón, cuya acometividad para las empresas es incansable. Pero, como dije antes, tales movimientos no definen de ninguna manera en su totalidad las finalidades del pueblo norteamericano, que está formado de muchos elementos que no son anglosajones. Tenemos problemas propios, de altísima trascendencia, que no nos permiten justificadamente lanzarnos a empresas imperialistas. Somos un conglomerado de

elementos sociales que lentamente se van unificando, mediante la lucha por el bienestar económico. Y esto es lo que importa tener en cuenta, para conocer a fondo el verdadero carácter del pueblo norteamericano.

Por otra parte, quienquiera que hubiese visitado veinte años ha los establecimientos docentes de los Estados Unidos, habría encontrado casi completamente descuidado el estudio de los países hispanos. Ahora felizmente se ha cambiado la situación. El castellano está obteniendo entre los norteamericanos el reconocimiento de sus méritos, como medio activo de comunicación entre pueblos que viven, crecen y florecen. La cultura hispana, todo lo que se relacione con la herencia soberbia del espíritu español transmitida por los siglos hasta nuestros días, está tomando un desarrollo asombroso por todas partes en los Estados Unidos. Necesitamos sin embargo aumentar el número de los que trabajan por el fomento, sin sentimentalismo, de una inteligencia más clara aún entre nuestros respectivos pueblos.

Por lo tanto, el difundir conocimientos exactos de los países hispanos es un gran servicio público para los Estados Unidos mismos. Entre los jóvenes norteamericanos especialmente,—los futuros estadistas y jefes de industria—, serían esos conocimientos un aliciente de valor inestimable. Y no menos para el estudiante de historia, literatura, ciencia, economía y política son las patrias hispanas una tierra incomparable de promisión.

En ninguna parte fuera de los diez y nueve países de América oriundos de España, que se extienden sobre una vasta región mucho mayor que la de los Estados Unidos, existen agrupados diversos pueblos, aunque políticamente separados, todavía tan unidos por los rasgos esenciales de su tipo de civilización. En ninguna otra parte de la tierra se podrá encontrar tan extraordinaria fusión de razas que haya dejado sentir su poderosa influencia en la formación del carácter de un pueblo.

El desarrollo por el que están atravesando los diez y nueve países, los problemas suscitados para ajustar su situación con las necesidades y exigencias de un mundo

renacido de la guerra, los experimentos que tratan de efectuar, los métodos de que se valen para obtener el reconocimiento de sus derechos por sus compañeros en el extranjero—son otros tantos aspectos adicionales que dan a conocer su posición actual, y que merecen estudio y atención, especialmente cuando son comparados con las labores, esfuerzos y hechos que marcan la carrera nacional de los Estados Unidos.

Los pueblos hispanoamericanos poseen tierras de incalculables posibilidades. Contienen éstas inmensas riquezas apenas tocadas. Ilimitadas son las oportunidades que ofrecen para los espíritus emprendedores. Tales riquezas, desarrolladas por los norteamericanos juntamente con los hispanoamericanos mismos, no incitarán recelos de rivalidades y desconfianzas internacionales, como las que amenazan en otras partes del globo.

Una vez obtenido por nosotros, los norteamericanos, un conocimiento efectivo del español, nos servirá de medio permanente para ganar la buena voluntad de una de las razas más encantadoras, bondadosas y simpáticas de la tierra. Para apreciar a fondo a los pueblos de estirpe española, es necesario evidentemente comprenderlos primero. Si la ignorancia engendra animosidad, ¡extirpemos entonces la ignorancia! La amistad de los pueblos hispanos es una riqueza del más alto valor, de la cual deberíamos sacar algún beneficio, porque sin ella nosotros, los del Norte, y ellos, los del Sur, no podríamos derivar las grandes ventajas que la cortesía de vecindad y la cooperación de esfuerzos ofrecen.

Las relaciones entre los españoles, los hispanoamericanos y los norteamericanos hacen imperiosa la necesidad de que nuestra juventud, que es la llamada a modelar nuestros futuros programas nacionales, conozca y aprecie mutuamente las características y circunstancias que nos distinguen. Nuestra juventud española, hispanoamericana y norteamericana, debería aprender los idiomas, la historia, las tradiciones, las costumbres, las ideas y la cultura en general de las dos Américas, uniformando así sus conceptos,

a fin de poder comprendernos los unos a los otros, empeñándonos e interesándonos por el desarrollo espiritual, intelectual y material, contribuyendo en cuanto sea posible a solidificar y engrandecer nuestra amistad triangular.

Con razón podía esperarse que nuestros respectivos pueblos solucionasen juntamente aquellos problemas y cuestiones que les son comunes, fomentasen espontáneamente sus intereses mutuos, y estimularan vivamente el deseo que es recíproco de ayudarse los unos a los otros. Es un hecho, sea repetido una vez más, que no se han puesto todavía en el contacto íntimo de pensamiento, simpatía y colaboración que en el caso de los países hispanoamericanos y los Estados Unidos implican su cercanía geográfica, sus antecedentes y sus instituciones de vida pública.

No son los actos del gobierno, de la sociedad anónima o del individuo de un país u otro los que aseguran o perjudican la armonía de las relaciones entre pueblos, sino precisamente la opinión que el pueblo de una nación tenga con respecto de la otra. Aunque los militares protesten contra él y los estadistas lo tengan por un desatinado concepto, lo que en realidad rige las relaciones entre países es la actitud del hombre común y corriente que lee los periódicos. Lo que él sabe, o piensa que sabe, acerca de los extranjeros determina, a la larga, lo que cree de ellos, y da forma a sus propias acciones y a las de sus compatriotas. Las armas y las finanzas, el comercio y la diplomacia, la elocuencia y el lenguaje sencillo son impotentes para crear el verdadero sentimiento de un pueblo para con otro. Mientras que cada uno de ellos no se convenza de que el otro no es como generalmente se lo imagina, puede tenerse por seguro que tras de toda ostensible manifestación de amistad, la desconfianza estará en acecho.

Ahora bien, si al norteamericano típico se le pregunta qué sabe respecto de los países hispanos, o si al español o hispanoamericano común y corriente se le interroga en idéntica forma acerca de los Estados Unidos, las contestaciones respectivas no suelen asemejarse mucho a las llanas

afirmaciones de diplomáticos o las suaves declaraciones de sobremesa. Revelan no solamente cierta ignorancia recíproca, sino también ideas erróneas y malas informaciones que tienden a mantener alejados a nuestros pueblos. Ejemplifican además la verdad esencial de un dicho atribuido a un célebre conceptista norteamericano—"la dificultad con algunos individuos, no es el que cometan errores, sino que poseen conocimientos que en realidad no lo son." ¿De dónde vienen las suposiciones erradas y los juicios erróneos de este "individuo promedial" sino de los periódicos que están a su alcance?

En un sentido muy importante es evidente que los periodistas son maestros de escuela para el público en general. En los centros docentes propiamente dichos y en la vida práctica luego aprenden nuestros pueblos las cosas que están, por decirlo así, dentro de los límites de la nación. Para que sepan, empero, lo que pasa en el mundo exterior, tienen forzosamente que depender de las noticias suministradas por los diarios. De ahí vienen las ideas y los juicios acerca de los acontecimientos y relaciones internacionales, que determinan nuestra actitud en la materia.

La obra de grandísima importancia, la que es preciso llevar a cabo para la mayor inteligencia entre nuestros pueblos, español, hispanoamericano y norteamericano, es el ensanche y la mejora de las agencias de publicidad periodística. En uno y otro lado de las líneas geográficas que nos separan, deberían tomarse las medidas necesarias para confiar la selección y transmisión de noticias a manos de personas que comunicasen, no sólo lo frívolo, lo desagradable y lo sensacional, como generalmente sucede, sino los acontecimientos del día que tengan verdadera significación, y que sean realmente característicos y por lo tanto verídicos. Bien sabido es que en otras partes del mundo el puesto de corresponsal tiene enormes responsabilidades, y que por la gravedad de ellas puede medirse el valor de la información transmitida. Para los pueblos hispanos, tratándose de los norteamericanos, y para los Estados Unidos, tratándose de los pueblos hispanos, parece dema-

siado a menudo que cualquier cosa es digna de transmisión, siempre que confirme impresiones ya existentes que tienden a perjudicar más que a ilustrar.

A los periodistas, árbitros en tan alto grado del bienestar de sus respectivas patrias, toca el deber de forjar poderosa y concienzudamente el buen entendimiento mutuo, el espíritu de cooperación que hace tanta falta. A ellos les incumbe la tarea de afirmar y ensanchar por medios prácticos y positivos la armonía y solidaridad que deberían prevalecer entre los pueblos hispanos y el pueblo norteamericano.

Lo que necesitamos muy de veras para asegurar un acercamiento espiritual y cultural de España, la América hispana y los Estados Unidos, es el apoyo y la ayuda prestados por la prensa en la forma de un nuevo género de noticias—no tanto las que se relacionan con el comercio y los negocios, como las que a la apreciación moral atañen. Por este medio surgirá la esperanza de que no haya en el porvenir ni la desconfianza, ni la inquietud, ni temor alguno sobre cuestiones de desigualdad entre lo grande y lo pequeño, sino la desconfianza hacia lo que sea falso, la inquietud para con lo inicuo, el temor de lo injusto.

Vistas todas estas circunstancias y motivado por ellas, fundóse en Nueva York hace algunos años, bajo los auspicios de la Universidad de Columbia, la Asociación Norteamericana de Maestros de Español y el Instituto de Educación Internacional, un centro para el estudio y fomento de la cultura hispana, que lleva el nombre de "Instituto de las Españas." Está imbuído del deseo de infundir y diseminar la comprensión que merece el espíritu hispano en todos sus aspectos más nobles. Al parecer, el nombre del Instituto se refiere exclusivamente a los países de habla castellana. En realidad, dirige sus esfuerzos a promover el acercamiento entre los intelectuales de España e Hispanoamérica y los hispanófilos de los Estados Unidos, a fin de que convencidos unos y otros de la mutualidad de sus intereses, obren juntamente para la realización de ellos en la forma que más les convenga. Conceptualmente

hállanse así tres Españas, las que van asimilándose en todo lo que se relacione con los sentimientos profundos que animan la mente humana, y estimulando entre sí la cooperación en pro de la cultura común que tenemos implantada en ideales semejantes, aunque expresada en idiomas distintos.

Coordinada su obra bienhechora en América con la de la Junta para Ampliación de Estudios, del Centro de Estudios Históricos, de la Oficina de Relaciones Culturales Españolas y de algunas universidades en España, hagamos los hispanófilos de allende y aquende los mares votos para que sea fructífera la misión del "Instituto de las Españas," al emprender la tarea dichosa de manifestarnos a nosotros, los de una y otra estirpe, cómo sus prójimos están animados de los mismos altos ideales; y de enseñar que la humanidad entera, ligada con el espíritu de afecto fraternal, de entendimiento mutuo, de buena voluntad, es capaz de fundir los eslabones de una alianza cultural que trascienda toda línea de demarcación geográfica y política. ¡Que sean magníficos los servicios que preste al acercamiento y a la confraternidad intelectual, que deberían enlazar felizmente a los pueblos de América con el pueblo español! ¡Abriguemos la esperanza de que podamos hacer cuanto esté dentro de nuestro alcance para que las virtudes del alma, las bellezas de la literatura y la dulzura de la lengua que anhelamos fomentar, sean más y más conocidas, para que vivan, crezcan y florezcan en grado cada vez mayor, para que sigan siendo la luz, la alegría, la vida, siempre bondadosa, siempre fiel!

La esencia del acercamiento cultural entre España, la América hispana y los Estados Unidos se halla en lo que pudieran llamarse los "Catorce puntos de la amistad triangular." Éstos son:

- 1 Instrucción adecuada para el servicio público y privado en nuestras respectivas patrias.
- 2 Impulsar en Estados Unidos la enseñanza del castellano.
- 3 Fomentar en los países de habla castellana la enseñanza del inglés.
- 4 Recíproco estudio sistemático de la geografía, historia e instituciones hispanas y norteamericanas.

- 5 Promoción de intercambio de maestros y estudiantes.
- 6 Estimulación del interés norteamericano en España e Hispanoamérica y vice versa, por medio de campañas de publicidad a través de la prensa.
- 7 Hacer desaparecer de los Estados Unidos todo concepto erróneo sobre los países hispanos.
- 8 Hacer que en éstos desaparezca la desconfianza hacia los Estados Unidos.
- 9 Reconocimiento por los norteamericanos de las ventajas que obtienen de los pueblos hispanos.
- 10 Que estos comprendan el aspecto beneficioso de la influencia norteamericana.
- 11 Reconocimiento por los norteamericanos de la individualidad de los países hispanos.
- 12 Desarrollo de un espíritu de aproximación amistosa, más que el deseo de hacer negocio solamente.
- 13 Cultivo de relaciones personales entre los pueblos hispanos y el pueblo norteamericano.
- 14 Apreciación mutua de nuestra respectiva cultura e ideales.

El cumplimiento de los "Catorce Puntos," claro está, depende igualmente de españoles, hispanoamericanos y norteamericanos; pero estos últimos deben aceptarlo con respecto de los hispanoamericanos considerando a nuestro país como el hermano mayor y más fuerte, y no como el "Coloso del Norte." Deben hacerlo los norteamericanos en reconocimiento de lo que los demás pueblos americanos y la madre patria España les han dado a ellos, o han hecho posible que consigan, y como medio de permitir a los hispanoamericanos que se aprovechen de lo que el tipo norteamericano de civilización puede ofrecerles, para ayudarles en la realización de un destino común en el Nuevo Mundo.

España, sus diez y nueve hijas y los Estados Unidos deberían formar entre sí un triángulo de amistad, cuya base sería la América, y cuyos lados laterales se extenderían a través del Atlántico, el uno partiendo de la América española, el otro de los Estados Unidos, para ir a juntarse

en el corazón de la antigua madre patria de los descubridores y primeros civilizadores. ¡Que asociados espiritualmente de esta manera, los españoles, los hispanoamericanos y los norteamericanos hispanófilos, se agrupen en una regia cohorte de cooperación, y penetrando en el místico arcano donde fulgura la luz de la fraternidad, saluden a los tres símbolos del progreso humano—la Sabiduría, la Justicia y la Verdad—, símbolos a la vez de los tres lados del triángulo internacional, a cuya formación ha de dedicarse una nueva alianza en los anales de la historia!

¡Que sea la meta a que dirijan sus pasos los hispanófilos de los Estados Unidos y los norteamericanófilos de España y de la América hispana el reconocimiento absoluto de la igualdad de respeto, confianza y buen entendimiento! ¡Que por todos los medios ya mencionados, y por cuantos sean apropiados, se hagan disipar las nubes de la duda, de la suspicacia y del resentimiento que han ocultado a veces a nuestros pueblos! ¡Que sintamos los españoles y los americanos de ambas estirpes, hispana y anglosajona, el levantamiento de un espíritu noble de cooperación cultural, que ilumine los umbrales de un mañana dichoso, y que nos consagre de nuevo a la causa suprema de mantener inviolable nuestra amistad triangular!

WILLIAM R. SHEPHERD

COLUMBIA UNIVERSITY

NOTA DE LA REDACCIÓN. El ilustre catedrático de Historia de la Universidad de Columbia, Sr. Shepherd,—cuyo nombre goza de igual prestigio en España, Hispanoamérica y los Estados Unidos—ha expresado con exactitud y elocuencia el espíritu que ha inspirado la fundación de esta Revista. Sólo nos resta añadir que la parte que en esta obra le corresponde a la REVISTA DE ESTUDIOS HISPÁNICOS está limitada a estudiar objetiva y desinteresadamente las manifestaciones históricas de la cultura hispánica, sin más propósito ni consideración que los puramente científicos.